

María en la cultura cristiana¹

I- Cultura

Es importante que nos pongamos de acuerdo sobre el concepto de cultura, que es un neologismo relativo. Si por “cultura” entendemos todo comportamiento y expresión del hombre y de los pueblos, entonces incluimos en el concepto de cultura la contracultura, la incultura y la subcultura, lo cual es uno de los grandes equívocos de nuestro tiempo, inclusive para enfocar la “inculturación” del Evangelio.

Este sentido equívoco de “cultura” se origina en el origen germánico del *kulturkampf*, que incluía no solamente las artes, las obras del espíritu, sino también los “usos y costumbres”. Hoy por hoy, inclusive en la Iglesia, se ha adoptado este concepto identificado con hábitos y costumbres, es decir, equivalente al antiguo concepto de “civilización”, el cual (según Uslar Pietri) “resumía un conjunto de ideales sociales e individuales, de reglas de conducta, de gustos, de maneras de hacer...” Si nos inclinamos a este equívoco de origen spengleriano, entonces es igualmente “cultura” pintar paredes, destruir escuelas, que pintar cuadros y lograr planes de alfabetización. Es así como hablamos de la “cultura del rock”, de la “cultura de la drogadicción”, e inclusive de la “cultura de la muerte” en oposición a la “cultura de la vida”.

Es absolutamente necesario depurar el concepto de cultura y darle un contenido humanista y no meramente antropológico. Entonces tendremos con claridad la noción de “inculturación” y de “evangelización de la cultura”. Langlais dice:

La cultura, en su verdadero sentido, consiste en un esfuerzo por el cual el hombre se ‘cultiva’, es decir, desarrolla sus conocimientos y sus facultades intelectuales y sensibles.

Ajustando aún más este concepto, diría que cultura es todo lo que desarrolla al hombre y que, a la vez, lo proyecta en actitudes, obras, expresiones. Hegel llamaba a la cultura “espíritu objetivo”. Es la objetivación de valores que en la subjetividad de la persona se tornan dinámicos y nutrientes del yo y de sus facultades. Por eso lo que no es portador de un valor no puede ser llamado cultura. Sin duda, estos valores se expresan de formas diferentes, no sólo de acuerdo a los individuos, sino de acuerdo a las etnias y a los grupos humanos. De allí las diferentes culturas de pueblos y de épocas.

Cuando no hay una asimilación de valores por razones de estructura personal o sociológica, es la “in-cultura”, verdadero terreno virgen pero que no ha sido “cultivado”, aun cuando esté en potencia de serlo; la pequeña semilla de verdad, de bien, de belleza está en el hombre pero necesita de la acción y de la presencia de los otros hombres que mutuamente a lo largo de la vida, y de los siglos en el caso de los pueblos, buscan comunicarse, y en esa apertura social comienza el cultivo.

¹ Conferencia pronunciada en la Facultad de Historia y Letras de la Universidad del Salvador el 15 de septiembre de 1993.

Pero este proceso está sujeto a un proceso inverso de deterioro, es decir, cuando el hombre o los grupos expresan contravalores, antivalores que destruyen el desarrollo del hombre y sus obras portadoras de valores. Y ésta es precisamente la “contracultura”: cuando el lenguaje, las costumbres, las leyes, el arte, la técnica, van destruyendo en el hombre y en la sociedad los valores elaborados en el caso de la cultura; o en germen, en el caso de la incultura.

Dice el Cardenal Poupard (Presidente del Consejo para la Cultura):

Estamos sumergidos en un océano de imágenes, por una ola de novedades que nos invaden y nos desestructuran. La gente sufre esta invasión de imágenes que amenaza su cultura y a menudo arrasa sus valores más sagrados, por medio de un verdadero atentado contra su inteligencia, su sensibilidad, su personalidad. La cultura de las medias, nivelante y secularizada, lamina la cultura cristiana en lo que tiene de más original y de más humana... la cultura católica que abraza el cielo con la tierra, el tiempo con la eternidad, y sobrepasa la distorsión creciente entre la hipertrofia de los medios y la atrofia de los fines, el economismo que fagocita la política, la política que domina a la ética, la ética que pierde su inspiración mística, y la religión que olvida su dimensión trascendente...

Tanto la cultura como la contracultura generan un instrumento de avance, me animaría a decir pedagógico, y es la “sub-cultura”: la radio, la televisión, el cine, la propaganda, los eslóganes, las letras de canciones, las revistas, todo un mundo de la comunicación y de la técnica que serían formidables como canales de cultura, pero sabemos muy bien que masivamente están al servicio de la contracultura.

Después de estas breves aclaraciones acerca de la “cultura”, veamos cuál ha sido la relación de la Virgen María con la misma. Ella es la aurora de la evangelización y, por lo tanto, va abriendo el camino a la evangelización de las culturas. Debemos considerar las diversas culturas según las etapas históricas, es decir, una visión según el tiempo, y otra según el espacio, es decir, según los pueblos y sus tradiciones, según la geografía étnica.

II- La Virgen y la cultura según los tiempos

Es difícil condensar este punto, y sería muy interesante exponerlo detalladamente siglo por siglo. El tiempo de una conferencia no lo permite, pero, en síntesis, sigamos los pasos de María hasta nuestro siglo XX.

En el *siglo I*, María será la primera *mujer* de la nueva alianza y la cuna de la *Iglesia* naciente. San Juan en el *Apocalipsis*, ve en los mismos símbolos a María y a la Iglesia coronadas un día de gloria. Es la mujer asociada a la salvación. Para el grupo de los Apóstoles, es “la hija de Jerusalén”, como anunciaba *Sofonías* 3,14. No tenemos ningún dato acerca de la devoción popular; la Iglesia es aún muy pequeña y María la acompaña silenciosamente como acompañó a Jesús en su vida de Nazaret.

En el *siglo II*, ya se afirma la virginidad de María y comienza a elaborarse el paralelismo entre Eva y María. Sólo tres testimonios:

- *San Ignacio de Antioquía* (†107) dice:

El príncipe de este mundo ignora la virginidad de María y su parto.

- *San Justino* (†165) se convierte en Éfeso, y allí donde vivió San Juan que conocía tantas cosas de María (y donde en el 431 se hará la proclamación de la maternidad divina), hace el primer paralelismo entre Eva y María. Transcribo un trozo del *Diálogo con Trifón*:

Sabemos que Cristo se hizo hombre por medio de la Virgen, a fin de que la desobediencia provocada por la serpiente llegara a su fin por la misma vía donde ella había comenzado. En efecto, *Eva*, virgen e intacta, habiendo concebido la palabra de la serpiente, da a luz la desobediencia y la muerte... En cuanto a la *Virgen María*, concibe la fe y el gozo cuando el Ángel Gabriel le anuncia que el Espíritu Santo vendrá sobre ella...

• *San Ireneo* (†203) fue discípulo de San Policarpo, el cual a su vez fue discípulo de San Juan, y es el *primer teólogo* de María. Hace el paralelismo Eva-María, es decir "la mujer". Dice:

Su vientre casto regeneró a los hombres.

Es decir, cuando la Iglesia comienza su reflexión teológica y es aún la Iglesia de las catacumbas, la Virgen es la mujer que entrega el camino de regreso al Padre, es la nueva Eva, tema que seguirá desarrollándose hasta nuestros tiempos. Comienza en la cultura una nueva visión de la mujer: su madre ya no es Eva, sino María.

Entramos así en el *siglo III*, siglo de las herejías, de la gnosis. Pero aparecen las primeras expresiones de la piedad popular, que se expresará no en cultos u oraciones, sino en pinturas. En las catacumbas aparece la Virgen con el Niño, y en la de Domitila, María sentada como una Reina. Es en este siglo que *San Cipriano* (†258), obispo de Cartago, considera que María es la mejor imagen de la santidad de Dios, y que la maternidad virginal de María es el modelo de la maternidad virginal de la Iglesia. Comienza a llamarse a la Virgen, *Theotokos* (Madre de Dios).

A esta altura vemos ya una fuerte presencia de la Virgen, presencia que sigue dos caminos: por un lado, comienza a elaborarse la teología mariana, y por otro, se abre paso la devoción personal y popular manifestada en el arte y en el comienzo de la oración dirigida a María.

Dos hechos devocionales -creo- deben ser destacados:

1) La primera aparición conocida de la Virgen: Gregorio, llamado el Taumaturgo (213-275), obispo de Neocesarea (actual Turquía) una noche reflexionaba sobre la fe. Se le aparece un anciano de aspecto solemne y le dice que le aclarará las dudas acerca de la fe. El anciano extiende el brazo en dirección opuesta y Gregorio ve a una mujer de extraordinaria belleza. Ella y el anciano (que es San Juan), conversan sobre el punto doctrinal que preocupa a Gregorio, que escucha. Finalmente, el anciano le dice que esto ha ocurrido para complacer a la Madre de Dios. Después de lo cual, la aparición desaparece. Y Gregorio sostiene que ha recibido una enseñanza del Cielo.

2) Un monje de Egipto copia en un papiro la primera oración a María que conocemos, pero que probablemente ya entonces era muy conocida. Se trata del *Sub tuum praesidium* (*Bajo tu amparo*). Esto tiene mucha importancia, no sólo por el hecho de que ya hay elaborada una oración, sino también porque en este texto la figura de María aparece como madre de los hombres y mediadora de las gracias.

Es importante destacar el *siglo IV*. Con la paz de Constantino, la Iglesia sale de las catacumbas y entra de lleno en la cultura; a la vez, la cultura greco-romana hará su lectura del Evangelio. Surgen los grandes Padres de la Iglesia con sus escritos teológicos, sus homilías y sus cátedras. Y en esta gestación de la cultura cristiana, tiene lugar una presencia de María. Pareciera que sale ella también, grande y gloriosa, de las catacumbas. Es un verdadero desborde mariano. Señalemos unos pocos hechos:

- Constantino consagra Bizancio a la Santísima Virgen.
- S. Atanasio (†373) canta las grandezas de María.

- S. Basilio (†379) la llama “llena de gracia”.
- S. Gregorio de Nisa (†396), gran devoto de la Virgen.
- S. Epifanio: saluda a María como Reina de los vivos y Madre de los miembros del Cuerpo cuya Cabeza es Cristo.
- S. Efrén (†373) saluda a María con el famoso *Akatistos*.
- S. Juan Crisóstomo (Patriarca de Constantinopla), S. Jerónimo, S. Hilario, S. Ambrosio: todos representantes de la piedad mariana.
- La piedad popular ya ve en ella al modelo de la mujer y de la madre.
- Ya es común afirmar la maternidad divina y la virginidad perpetua de María.

La Virgen está ya, al abrirse el *siglo V*, totalmente presente en la cultura de Oriente y de Occidente, y, con S. Agustín (†430), se afianzará aún más el creciente lugar de María en la fe. S. Agustín afirma que la Virgen es Madre de los cristianos, no sólo por ser Madre de Cristo, sino por el amor. En Occidente, S. Pedro Crisólogo (406-450) es el primero en llamarla “Nuestra Señora”. Pero el hecho más destacado es el Concilio de Éfeso (431), que, al declarar solemnemente a la Virgen como “Madre de Dios”, da a la Iglesia el primer dogma de fe concerniente a la Virgen. Ya no es un simple hecho devocional o de reflexión teológica. Ahora la Virgen es parte de la esencia de nuestra fe. Inculturar el Evangelio implicará inculturar la presencia de la Madre de Dios.

Todo esto posibilita que en el *siglo VI* la Virgen ingrese en la liturgia, que va a ser la gran vía de evangelización en los pueblos nacientes. Se la incorpora en el Canon de la Misa y, en Oriente, en Jerusalén, ya hay una liturgia propia para María - el 15 de agosto-, conmemorando su Dormición. Y en el año 600, el Emperador Mauricio fija el 15 de agosto como fiesta de la Dormición. Es en esta época -en que el poder político tiene la forma del Imperio- cuando la Virgen es representada en mosaicos y pinturas como Emperatriz (Ravena y Santa Sofía en Constantinopla). Ella es ahora la “Reina” y “Nuestra Señora”. Cada cultura la visualiza desde su ángulo. Pero inconscientemente va aportando lo propio al desarrollo de una mariología y al acrecentamiento de su presencia. Y es Venancio Fortunato, en Poitiers, quien deviene el primer poeta de “María Reina”.

Ya en el *siglo VII*, en el que se da el surgimiento del Islamismo, poetas como S. Ildefonso de Toledo cantan la virginidad de María, y el pueblo cristiano multiplica los iconos de la Virgen (tiernos y viriles a la vez) como objetos de contemplación. En su manto, tres estrellas para significar su triple virginidad.

En el *siglo VIII*, en el que es coronado Carlomagno, la piedad mariana se refugia en los monasterios benedictinos. Sobresale S. Beda el Venerable (†735). Y Pablo Diácono, monje de Monte Casino (†797), canta en uno de sus himnos:

Ella es la rama del árbol de Jesé, la Virgen que debe ser madre, el jardín que recibirá la semilla celeste, la fuente sagrada sobre la cual el cielo ha puesto su sello...

Surge la querrela de las imágenes, y es el pueblo fiel quien defenderá sus iconos. Pero también surgen teólogos como S. Juan Damasceno (†749), el cual será citado por Pío XII al proclamar el dogma de la Asunción en 1950, y que defiende los iconos aclarando que el culto es a la persona representada por la imagen y no a la imagen en sí. Y S. Andrés de Creta (†740), monje y obispo en Creta, resiste al Emperador iconoclasta y compone numerosos himnos en honor de María.

En el *siglo IX*, el monje inglés Alcuino (735-804) introduce en la liturgia las misas votivas, y es así como poco a poco se introduce, los sábados, la misa votiva de Santa María. En la floreciente Abadía de Saint-Gall (Suiza) se componen himnos marianos, y es allí donde nace el precioso canto *Inviolata*. En Cluny, el santo Abad

Odilón (962-1049) adopta la espiritualidad de la esclavitud de María. En el momento en que la cultura es monástica, la devoción a la Virgen florece y se concentra en los monasterios. Baste con mencionar Montserrat, Einsiedeln. Destaquemos también al monje camaldulense S. Pedro Damián (1007-1072), devotísimo de la Virgen, quien señala que la piedad mariana estimula la fe en la eucaristía. En otro lugar, cuenta la historia de una mujer que, ya muerta, se aparece a una amiga para contarle que el día de la Asunción, ella y una multitud de almas del purgatorio habían sido sacadas de allí por la Virgen. Señalo esto pues sabemos lo que significó en la Edad Media y en el Renacimiento el tema del purgatorio y de las indulgencias. Es entonces cuando comienza la devoción mariana orientada también en esa dirección.

Es en este gran *siglo XI* cuando es compuesta la *Salve Regina* (por un monje de Reichenau) y el *Alma redemptoris mater*. Por todas parte surgen catedrales e iglesias dedicadas a la Santísima Virgen.

En el *siglo XII*, crece más y más la presencia mariana, sobre todo en la vida litúrgica de los monasterios. Los Cruzados, solamente en Jerusalén, levantan diez iglesias en honor de la Virgen. Y surge el gran cantor, el gran citarista de María, S. Bernardo de Claraval. Es una pena que no pueda detenerme a analizar el fervor de Bernardo, nacido de su amor contemplativo. En este momento de la cristiandad, es decir, de la cultura como *identificada* con el cristianismo, la piedad mariana encuentra una cima con S. Bernardo, con Pedro el Venerable, abad de Cluny (1122 a 1156) con la consagración a María de todos los monasterios de la Orden Premonstratense, con los monjes anónimos que componen el *Ave Regina coelorum* y el *Regina Coeli*. Es la época de las “Vírgenes en Majestad”, sobre todo en esculturas, sentadas en una cátedra y teniendo en sus rodillas al Niño.

Con la aparición de las Órdenes mendicantes, la piedad marial encuentra una expansión creciente. Se dice que el *Ave maris stella*, junto con el *Veni creator*, eran los cantos de ruta preferidos por Santo Domingo (1170-1221). Toda la estructura de la naciente Orden dominicana fue eminentemente mariana.

No menos importante fue la Orden franciscana: con sus predicadores y teólogos (S. Antonio de Padua y S. Buenaventura (1221-1274), por ejemplo). Y es Duns Scoto (1274-1308), beatificado recientemente, el primero que formula *claramente* lo que es la Inmaculada Concepción. Él dirá: Si es necesario equivocarse alabando a la Virgen, prefiero equivocarme más por exceso que por defecto.

No puedo omitir mencionar a tres monjas benedictinas que en este *siglo XIII* cantan a María: Mechtildis de Magdebourg (1210-1285), Sta. Mechtildis de Hackenborn (1241-1298) y Sta. Gertrudis (1256-1301). Dos de ellas desarrollan el tema nuevo en ese momento, de la maternidad espiritual de María. Sta. Mechtildis la llama “Madre de su fe”. Y es en la Divina Comedia donde S. Bernardo, guiando al poeta Dante Alighieri en la visión del cielo, dice: *...tu ves sentada a la Reina... ¡Mira a Aquella que más se parece a la faz de Cristo! Gracias a su luz, tú puedes permitirte ver al Señor*. Vitrales, estatuas, iglesias en Occidente; iconos en Oriente, la Virgen reina, y es Señora dentro de la cultura de estos siglos.

El Angelus, que es tal vez la manera más palpable de hacer presente a María en la ciudad y en el campo, a fieles e infieles, y que al atardecer era ya habitual entre los franciscanos, se populariza. En el *siglo XIV* se añade el de la mañana y en el *siglo XV*, el del mediodía. Los últimos Pontífices lo recomiendan en Documentos; y no es casualidad que estos Papas los domingos los recen a mediodía con el pueblo reunido en la plaza de San Pedro. Las campanas proclaman así en todo el mundo el misterio de la Encarnación y las palabras de María: *He aquí la esclava del Señor, hágase en mí según tu palabra*.

En el *siglo XIV*, místicos como Sta. Catalina de Siena y Sta. Brígida expresan en escritos su devoción mariana. Esta última dice: *María y Jesús han rescatado al*

género humano casi con un solo y mismo corazón (quasi uno corde). Es un momento histórico en el que comienza la devoción al Corazón de María, la cual culminará en Fátima, en este siglo XX.

El arte acompaña a la piedad, y hoy aún admiramos las Vírgenes de Cimabue, del Giotto y las esculturas francesas y alemanas de Vírgenes sonrientes y otras coronadas como reinas. Es interesante, por ejemplo, “La Virgen de la manzana” (siglo XV) de la Abadía de Silos, una forma tierna de expresar el dogma de la Inmaculada Concepción recién promulgado en el siglo XIX.

Por la premura del tiempo, señalemos solamente los hechos más importantes en los siglos siguientes.

Siglo XV:

- Alain de la Roche (dominico) codifica la devoción al Rosario, y se fundan las primeras cofradías del Rosario.

El Papa franciscano Sixto IV (1414-1484) aprueba el Rosario.

La devoción se extenderá en ese momento para las exequias, para las almas del purgatorio, para pedir por viudas y huérfanos, y como oración mariana. El último Derecho Canónico lo incorpora como parte de la oración de los religiosos.

- Es el siglo de las peregrinaciones a los santuarios.

- Las grandes pinturas de Boticelli, Fra Angelico, Filippo Lippi, Roger van der Weyden, Schongauer, etc.

- Juana de Francia (1464-1505), hija del rey Luis XI, funda una familia religiosa en honor de la Anunciación, que se propone imitar las virtudes de la Virgen. Vemos así comenzar la gran cantidad de familias religiosas dedicadas a María, ya en el siglo XIV, cuando los carmelitas se instalan en Europa y se proponen “vivir perpetuamente al servicio de Dios y de su Madre la Virgen María”.

Siglo XVI:

- San Pío V atribuye a Nuestra Señora del Rosario la victoria de Lepanto; después, en 1773, el Papa Gregorio XIII fija la fiesta de Nuestra Señora del Rosario. Se fijan las quince decenas de Avemarías, acompañadas de la meditación de misterios. Circulan otras formas de rosarios (el de las siete alegrías de María, el de los Camaldulenses, etc.).

- Sta. Teresa recuerda reiteradamente que el Carmelo es la Orden de la Virgen.

S. Ignacio de Loyola funda la Compañía el día de la Asunción de 1534, y el jesuita S. Pedro Canisio (1521-1597) escribe un tratado sobre *La Virgen María, incomparable Madre de Dios*.

- El arte sigue ocupándose de María: Rafael, Leonardo da Vinci, Ticiano, Miguel Angel, Durero, Grünewald, el Greco, etc.

- El hecho más relevante del siglo, es la evangelización de América, y es el fervor mariano de este siglo lo que llevará a la Virgen como primera evangelizadora: franciscanos y jesuitas llenarán el nuevo Continente con sus Inmaculadas. Los dominicos, a la vez, popularizan y crean una gran devoción a Nuestra Señora del Rosario. Pero se da el hecho más importante de la América colonial: la aparición de la Virgen de Guadalupe al Beato Juan Diego, con ese diálogo sencillo, tan de una madre preocupada por sus nuevos hijos. Y es un hecho palpable de la inculturación de la devoción marial y de la presencia de la Virgen: Virgen mestiza, tan española como india, llena de signos propios de la cultura azteca. Además la aparición es a un pobre indio, pero el culto será asumido por un Obispo español: Zumárraga. Analizar el acontecimiento guadalupano hoy es imposible, pero es la gran riqueza de

América, más que sus ríos, sus selvas y su oro y plata.

- Por este hecho, y por la acción de los evangelizadores, América Latina deviene el Continente de María, un regalo de Dios a su Madre, como cuando le regaló a Polonia para que Ella fuera su Reina.

Siglo XVII:

- Surgen nuevas Congregaciones dedicadas a María: las fundaciones de S. Pedro Fourier, de Sta. Juana de Lestonac, de Sta. Juana de Chantal, la de S. Juan Bautista de La Salle que la hace Reina de su Instituto.

- Los sermones de Bossuet sobre la maternidad virginal de María.

- La Consagración de Francia a la Virgen por el rey Luis XIII (10-2-1638).

- Las pinturas de Rubens y Rembrandt, de Murillo y Velázquez, y las esculturas de Bernini.

- La piedad popular con sus peregrinaciones, sus ex-votos.

El *siglo XVIII* conoce una declinación de la piedad mariana, pero en sus comienzos, S. Luis María Grignon de Montfort (1673-1716) brilla como una luz de gran importancia, con su *Tratado de la verdadera devoción a la Santísima Virgen*, recién descubierto en 1831. Funda tres congregaciones y tiene una frase que no puedo dejar de evocar: *Jamás un pecador me ha resistido cuando he puesto mi mano a su cuello con mi rosario.*

También es en este siglo de ateos y de santos cuando Juan Sebastián Bach (1685-1750) compone el Magnificat y empieza a tomar cuerpo una devoción popular: el mes de María.

El *siglo XIX*, verá hasta mediados del siglo XX, el gran florecimiento mariano.

- Nuevas familias religiosas y grandes santos llenos de amor a María (los Padres Marianistas, los Hermanos Maristas -Champagnat, los Oblatos de María Inmaculada, Sta. Magdalena Sofía Barat). S. Juan María Vianney (1786-1859) dijo una vez: *Si pudiera venderme para dar algo a la Santísima Virgen, yo me vendería.* Sta. Catalina Labouré (1806-1876) y las apariciones de la rue du Bac, la revelación de la Medalla Milagrosa.

- La conversión del israelita Alfonso de Ratisbona después que aceptó, un poco bromeando, llevar esta Medalla. Y el Padre Libermann (†1852) otro convertido y fundador, marcado profundamente por las apariciones de la rue du Bac, dio como consigna a sus religiosos: *Todo para agradar al Corazón de María, todo para contentar su Corazón de Madre.*

- También las apariciones de La Salette, con la característica de que es una Virgen que llora.

- Pero el acontecimiento más grande es la solemne proclamación del dogma de la Inmaculada Concepción, hecho por Pío IX el 8 de diciembre de 1854. Y, como un aplauso por esta definición, se da el acontecimiento de Lourdes, donde la Virgen se define a Bernardita Soubirous (1844-1879) diciendo: *Yo soy la Inmaculada Concepción.*

- Siguen multiplicándose las Congregaciones femeninas puestas bajo el patronazgo de María.

- En este siglo de las luces, de la modernidad racionalista, la presencia y el misterio de la Virgen son la otra luz poderosa que engendra santos, comunidades, lugares milagrosos, toda una sabiduría, la de Dios, la única que hace grande al hombre y a su cultura.

Y el *siglo XX* que se abre con la industrialización, con la guerra mundial, con la ideología comunista, con descubrimientos científicos que en la segunda mitad del siglo llegarán a ser tan sensacionales que el hombre se laiciza y se torna el dios de sí mismo. En este siglo de Hitler, de Stalin, de los campos de concentración, en fin... en este siglo, el 13 de mayo (al 13 de octubre) de 1917, se da la aparición de Fátima, exigente, con advertencias concretas y serias y el pedido de la consagración del mundo al Corazón de María.

- Y el 1º de noviembre de 1950, Pío XII declara solemnemente el dogma de la Asunción de la Santísima Virgen. Ello significó uno de los más grandes desafíos; en el momento del agnosticismo y del intento de los hombres de hacer de la tierra la gran fiesta del bienestar-consumo, la gran orgía de la carne, la Virgen es señalada en el Cielo y señala, a los hombres de nuestra cultura, el Cielo.

- Tres documentos del Magisterio resumen toda esta historia de la devoción y de la presencia de María:

- El capítulo VIII de *Lumen gentium*
- La exhortación de Pablo VI, *Marialis cultus*
- La encíclica de S.S. Juan Pablo II, *Redemptoris Mater*.

III- La Virgen y la cultura desde el punto de vista geográfico

Tomaré sólo dos ejemplos de inculturación, pues no cabe en una conferencia un análisis exhaustivo.

1- En la cultura africana

Para los africanos, es de primordial importancia la familia, el clan, los antepasados, la maternidad. Todo esto lo encuentran en María.

La relación madre-hijo en el África es muy fuerte. Alguien dijo que allí no hay cunas, el niño está con su madre. Por eso entienden a la Virgen como madre.

Levantán el *altar doméstico* de María, en lugar del culto a los antepasados. Para ellos, María, Reina-Madre es algo inteligible, y los africanos se arrodillan ante María como lo hacen ante el rey, el marido o el padre. Es la Madre con autoridad.

En el clan, la mujer tiene importancia como dadora de vida, y en varias tribus existe aún el matriarcado ejercido por la mujer más anciana como guardiana de los valores de la familia y fuente de unidad. La Virgen cuida allí también como madre a estos hijos divididos, pero que la aman y reverencian.

La Virgen es entendida como "Madre de la Iglesia". Para ellos el grupo, la comunidad es importantísimo. La Iglesia presentada como *koinonía* que alcanza plenitud en la fe, la esperanza y el amor, tiene necesidad de la presencia viva de la Madre, pues en África la madre está en el nacimiento físico y social de los niños. María introduce, como Madre, a los hijos en la comunidad eclesial.

Ella es también "la esclava del Señor". Esta *diakonía* de la Virgen es la entrega de sí al servicio de Cristo y de los hermanos. Este aspecto es totalmente inteligible en la concepción africana de la mujer. María en las bodas de Caná y al pie de la Cruz es captada perfectamente desde su cultura.

Ella anuncia, presenta a Jesús como Salvador. Este es otro aspecto que, lejos de ofrecer una dificultad, responde a la visión social de estos pueblos.

2- En la cultura americana

El otro caso, tal vez más rico y elaborado, es el de América Latina. María forma parte de nuestra cultura; los misioneros la introducen en cada palmo que conquistan y son alrededor de dos mil las ciudades y pueblos que tienen el nombre de alguna advocación. Desde la colonia se fundan las cofradías, se hacen procesiones, novenas. Y el hecho más asombroso, como ya dije, es la Virgen de Guadalupe. Con Ella empieza la raza latinoamericana, nueva y mezclada, como si fuera una síntesis étnica de la tierra. María se presenta como Madre que quiere quitar el miedo, que viene a ayudar, que va a dar a luz la Iglesia de América. Lleva en su seno la sangre de los indios, de los españoles y de los "gringos" de las posteriores inmigraciones. Y cuando llega la gesta de las independencias, los grandes hombres de América colocan a la Virgen la banda de Generala, la hacen Madre de la Independencia, aquí, allá y por todos lados.

Los santuarios marianos se multiplican con sus historias, milagros, peregrinaciones, ex-votos. De cada lugar de América Latina donde hay una Virgen, se podría decir lo que el Santo Padre decía en Jasna Gora el 4 de junio de 1979:

Es necesario arrimar el oído a este lugar santo para oír cómo late *el corazón de la nación en el corazón de la Madre*. Este corazón, en efecto, late, como sabemos, con todas las citas de la historia, con todas las vicisitudes de la vida nacional... es necesario llegar hasta aquí, es necesario arrimar el oído a este santuario, es necesario captar el eco de la vida de toda la nación en el corazón de su Madre y Reina.

Los Obispos, en el Documento de Puebla (nº 285) dicen:

El pueblo latinoamericano que no llega a aceptar una Iglesia que no sea familia, reconoce en la Iglesia la familia que tiene por madre a la Madre de Dios.

En el nº 292, considera a la Virgen como modelo de *comunión* con Cristo.

En el nº 293, ejemplo de *cooperación* y *creatividad*.

En el nº 294, la ve como toda de Cristo y servidora de los hombres.

En el nº 298 considera que el dogma de la Inmaculada y de la Asunción presentan al hombre nuevo según el proyecto divino.

En el nº 303 dice:

Esa Iglesia, que con nueva lucidez y decisión quiere evangelizar en lo hondo, en la raíz, en *la cultura del pueblo, se vuelve a María*, para que el Evangelio se haga más carne, más corazón de América Latina.

IV- La cultura y la Virgen hoy

Hoy tenemos, en una especie de duelo, el enfrentamiento entre la cultura con sus valores de la ciencia, de la técnica, de la concepción del hombre, de la evolución de las relaciones humanas, de la lucha por la libertad y por el desarrollo de los individuos y de las sociedades, en fin, valores más valores que generan estructuras sociales, objetivaciones múltiples, y, con la misma fuerza, o -me animo a decir- superior, la contracultura que se vale de los mismos logros de la cultura, pero vaciándolos de su valor: erotismo, agresividad, violencia, corrupción, secularismo, irracionalismo, feminismo, inestabilidad familiar (no sólo en cuanto al vínculo) multiplicación de la soledad, en fin, todos sabemos muy bien en qué consisten hoy el arte, la educación, las costumbres, las relaciones humanas.

Y en medio de esta lucha, en que el hombre es más poderoso que nunca y más destruido que nunca ¿cuál es el lugar de la Virgen? Ella es *la mujer* que está allí, en

las puertas del tercer milenio, pidiendo a los hombres, como en Caná, “haced lo que Él os diga”. Y Él “dice”, habla, por su Iglesia. Ella está como una madre que quiere proteger a sus hijos, que los quiere a todos en un proceso de retorno.

Ella está presente en peregrinaciones, que en algunos lugares son multitudinarias (Czestochowa, Luján, Lourdes, Fátima). Está presente en la devoción creciente, que incluye desde el Santo Padre hasta el más pequeño de los cristianos. Está presente en Institutos fuertemente marianos como Schönstatt o los Focolares (por nombrar sólo algunos de los muchos). Hay nuevos santuarios y lugares de peregrinación, como Medjugorie o San Nicolás.

Tan presente está, que el 15 de agosto de 1986, la Congregación para el Culto Divino dio a luz las “Misas de la Virgen María”. Son cuarenta y seis Misas, todas de la Virgen, sin contar entre ellas las ya existentes en el Misal Romano o en algunos santuarios. Es una lástima que la mayoría de los fieles -y por qué no decir, muchos sacerdotes- ignoren o no les interese el complemento del Misal. Se divulgan y escriben y venden en nuestras librerías y editoriales católicas tantas mediocridades, cuando no torpezas, y en cambio, esta maravilla de doctrina mariana, de oración, de meditación, no ha despertado el menor interés. Sin ir más lejos, esos cuarenta y seis Prefacios marianos son una joya. Estas cuarenta y seis Misas, por ser liturgia, tienen en esta hora una eficacia y una presencia de María como ningún otro medio, ninguna otra oración, podrían lograr.

- En la hora de la promoción de la mujer como valor, y del feminismo como anti-valor, la liturgia ofrece una Misa de “Santa María, la nueva mujer”. En el bellissimo Prefacio se dice:

... es en verdad la mujer nueva...
Ella es la mujer alegre en tu servicio,
dócil a la voz del Espíritu Santo,
solícita en la fidelidad a tu Palabra.
Ella es la mujer dichosa por su fe...
Ella es la mujer fuerte en la tribulación.

- En el momento de un gran desarrollo de la fe (Catecismo de la Iglesia Católica), y a la vez de la sombra de errores y de crisis en la fe, hay una Misa titulada: “La Virgen María, amparo de la fe”.

- En el momento de una sana cultura de la libertad, a la vez que de una contracultura de un libertinaje salvaje, hay una Misa: “Santa María, esclava del Señor”.

- En una hora en que “mejorar la calidad de vida” es una de las respuestas positivas a la búsqueda de la felicidad, pero en la que hay una contracultura que busca la felicidad en el vicio y en la droga, la Iglesia nos regala la Misa: “La Virgen María causa de nuestra alegría”.

- En la hora de los grandes avances científicos, y a la vez de la propagación del Sida, del aborto, tenemos la Misa: “Santa María, fuente de luz y vida” y la Misa: “La Virgen María, salud de los enfermos”.

- En la hora en que los hombres pueden alcanzar, por la informática y por mil medios didácticos, un gran desarrollo, a la vez que se entregan negativamente al afán de la publicidad, de la fama, de la imagen, la Iglesia presenta la Misa: “Santa María de Nazaret”. En parte de su Prefacio dice:

Allí, la Virgen purísima, unida a José, el hombre justo,
por un estrechísimo y virginal vínculo de amor,
te celebró con cánticos, te adoró en silencio, te alabó con la vida y te glorificó con su trabajo.

Seguiría comentando este riquísimo libro litúrgico mariano, el primero en su

género en este adviento del tercer milenio.

Con María, aguardamos la cultura del siglo XXI y le rogamos que la luz venza a las tinieblas, que la vida venza a la muerte, que la paz venza a la violencia, que el amor venza al odio.

Abadía Gaudium Mariae
5153 San Antonio de Arredondo
Córdoba